

# EL JARDIN DE LAS NEUROSIS

*¿Quién es el culpable de los problemas que afectan a ciertos niños? ¿El medio familiar —según se piensa desde Freud—, el clima efectivo, el sistema de educación? ¿La sociedad, tal vez? En cualquier caso, los padres se sienten culpables. ¿Les concederemos el beneficio de la duda para liberarlos de toda culpa?*

**V**ICENTE, once años, se marchó de casa después de haber desobedecido cierta regla. La policía lo devolvió a su casa: Cada vez que su madre le echa alguna bronca, Vicente se larga. Ya lo ha hecho tres veces. Es evidente que tiene problemas «caracteriales». Y su madre no puede soportar la idea de que el niño no reaccione como ella espera. Le considera un fracaso. Por eso decide recurrir a un psiquiatra: «Por favor, dígame si soy yo la responsable». Frente al psiquiatra, la madre enumera angustiada sus «faltas». La más grave, en su opinión, es la de haberle dado a criar a su hijo a una nodriza. Todo lo demás se deriva de ahí. Ella es la única culpable.

«¿Somos responsables?». Es la pregunta angustiada que se hacen los padres cada vez que el niño «yerra el camino».

En su obra de título provocador, «Los padres no son responsables de las neurosis de sus hijos», el doctor Edmund Bergler emprende una obra de salvación colectiva. Ya era hora. Unos años más, y el doctor Bergler habría podido escribir: «Los hijos son responsables de las neurosis de sus padres»...

«Bien sea por anorexia, por bloqueo solar o incontinencia nocturna, lo cierto es que todos los padres que nos consultan repiten siempre las mismas frases —afirma la doctora Weill, directora del Centro de Readaptación Psicoterápica—: "He debido cometer algún error..." o bien, lo que viene a ser lo mismo: "Sin embargo, he

hecho todo lo posible...". Antes de cuidar al niño, nuestro trabajo consiste en liberar de toda culpa a los padres».

Tarea nada fácil. Los padres están muy condicionados. Abruñados por una psicologización excesiva, por una intempestiva vulgarización de las «normas en curso», los padres chapotean en aguas culpables. Se les ha demostrado que todo individuo neurótico lleva al diván psicoanalítico el esqueleto familiar. Que la locura y la familia están íntimamente ligadas. Resultado: el mínimo «desvío» del niño es vivido por los padres como una acusación directa: «Antiguamente —observa el doctor Bergler—, los niños temían a sus padres. Hoy ocurre exactamente lo contrario».

Lo que no ha resuelto nada. Torturados, ansiosos, torpes, estos «creadores» no saben qué hacer con su temible poder. Están al acecho de la mínima anomalía mental de su progenie, preocupados de ajustar diariamente su sistema educativo. Pánico, malestar, vacilación, incoherencia: comprensivos hoy, mañana rígidos, los padres alternan severidad y largueza, dispensan sonrisas y castigos, siempre en el momento menos oportuno. Este comportamiento multiplica la angustia del niño, al que acaba desorientando. El hijo pierde todo punto de referencia: «No hay nada más desorientador para un niño que una madre fastidiosa que se esfuerza de vez en cuando en mostrarse distinta», comenta al respecto un pediatra.

## Las máquinas de ternura

Para Bergler está claro: «La neurosis no es una creación de los padres. Es el resultado de conflictos interiores que escapan a la educación». No existe, pues, ningún lazo de casualidad directa entre los actos y palabras de los padres y la salud mental del hijo. Se da por descontada la asociación simplista bondad-buenos hijos, maldad-malos hijos: «Si los hijos reflejasen realmente la benevolencia o la crueldad de la conducta de los padres, el resultado final del proceso educativo podría preverse fácilmente. Los padres comprensivos, buenos, cariñosos tendrían hijos normales, bien equilibrados. Los padres duros, malos, crueles tendrían consecuentemente hijos neuróticos...». Y añade: «En más de treinta años de práctica psiquiátrica en dos continentes, he sido testigo de la transición entre un sistema educativo punitivo y un sistema educativo tolerante, y he visto los productos de ambos sistemas en el diván analítico».

Las neurosis florecen en los dos regímenes. Ninguna de las dos técnicas puede garantizar el equilibrio del niño. Ni siquiera la indulgencia o la protección constituyen una garantía contra la «locura». Las «cadenas de dinero» sólo consiguen volver insaciable al niño. Nada satisfará a ese tirano impotente. Cuando lo «mejor» resulta insuficiente, ya no queda ninguna salida. Ni para el niño ni para los padres. O más bien sí: la inversión brutal de los principios educativos. La regresión, sin transición alguna, de la caricia al látigo.

Un niño de tres años se queja de tener hambre. Todos los días a la misma hora, la de acostarse. Su joven madre, siempre complaciente con su pequeño, no sabe negarle un capricho. Cada noche, el niño se muestra más exigente. Platos imposibles, golosinas difíciles de encontrar: las exigencias del niño no conocen límites. El aguante de la madre es ejemplar. Un día, sin embargo, los nervios estallan. No pudiendo más, la madre trata a su hijo de ingrato; éste la llama mala a su vez. Las crisis se renuevan periódicamente hasta el día en que el padre, desesperado, hace valer su autoridad y prohíbe al niño de una vez por todas pedir comida entre la cena y el desayuno del día siguiente. El hambre nocturno del niño cesa inmediatamente.

Las máquinas de ternura no son más eficaces que los robots punitivos. Incluso el amor, ese capital necesario para la supervivencia del niño, tan esencial como el aire que respira y la leche que mama, se revela a veces impotente. Antídoto infalible en los períodos de calma, deja de actuar en los períodos agitados. La bondad, la benevolencia, la tolerancia no podrán, por mucho que se prodiguen, neutralizar los temores internos e irracionales del niño. Ni siquiera unos padres «buenos y cariñosos» podrán impedir el desarrollo de ciertos rasgos neuróticos.

El doctor Bergler cita la historia de una joven neurótica, cuyos padres cometieron el «crimen» de amarse mutuamente y amar a su hija. La joven había incorporado inconscientemente su mal digerido edipo («papá sólo quiere a mamá, yo quedo al margen») en su sistema masoquista: «Quiero ser la hija defraudada, olvidada por unos padres que son felices sin mí». Aquella joven repitió en el matrimonio el mismo esquema: comenzó a quejarse, una vez casada, del abandono en que la tenía el marido, que parecía no necesitarla para ser «feliz».

Los padres no tienen el poder de evitar una enfermedad del inconsciente. Ni de provocarla. No es un descubrimiento. Hacia el final de su vida, Freud advirtió contra una sobrevaloración del papel directamente patógeno de la familia. Los defectos de los padres, sus métodos educativos habían ido progresivamente perdiendo peso para él. De sus postulados sólo se había retenido lo puramente esquemático: las experiencias afectivas de la infancia son las que preparan el terreno para la neurosis.

De ahí a convertir a los padres en jardineros de la maléfica flor no había más que un paso. Paso que algunos han dado. Estos creyeron posible establecer un catálogo de las prácticas educativas patógenas. Generaciones enteras de padres se han visto traumatizadas por los diez mandamientos del perfecto educador: no abusarás de tu autoridad, no castrarás, no reprimirás la curiosidad sexual, no pecarás por exceso de indulgencia, no seducirás, etcétera. Se imaginaban cándidamente que bastaba con evitar tan malhadadas prácticas para prevenir con seguridad las neurosis infantiles. Que existía un vínculo directo entre el comportamiento





de modo determinante en la salud afectiva del hijo.

### Toda la familia

Los científicos prosiguen sus investigaciones. Cada vez se concede menos importancia a lo que *hacen* y a lo que *dicen* los padres y más a lo que *son*.

Los niños, dotados de finísima intuición, parecen reaccionar menos en función de las palabras y actos formales de la madre y el padre que de su significación inconsciente. Tal es el enfoque laciano de la relación padres-hijos. Se sube un escalón más. Se pasa del consciente al inconsciente. Ya no se trata del comportamiento, sino del deseo. Se insiste en las «motivaciones» de los padres. En el juego afectivo que, inconscientemente, los padres imponen al niño. «El papel del niño en la familia —escribe Richter en "Padres, niños y neurosis"— está determinado por las necesidades afectivas de los progenitores. Cuanto más sufren los padres de sus propios conflictos no resueltos, más aspiran a fijarle al niño un papel orientado hacia el alivio de su propio problema». «Los padres son antiguos niños que intentan subsanar su infancia por mediación de sus hijos», observa una especialista.

Se ha intentado clasificar los «papeles» neuróticos inconscientemente sugeridos por los padres. El de sustituto de un miembro del entorno, por ejemplo, padre, hermano, cónyuge. Objeto de transferencias o proyecciones, el niño forcejea dentro de su coraza-rol al igual que un insecto en una tela de araña.

Esa niña de catorce años, por ejemplo, a la que su madre quiso educar dentro del máximo perfeccionismo. «La madre quería que su hija alcanzase el ideal que ella misma no había podido lograr y por lo cual seguía sintiéndose culpable —refiere el analista—. Así se dedicó a vigilar de cerca su educación, sus actitudes, su conducta, su tocador, su obediencia, la elección de amigas, y más tarde, sus lecturas, las emisiones de televisión que seguía con regularidad, su trabajo en casa y las actividades sociales. La madre no la regañaba ni la pegaba, sino que expresaba su disgusto de modo mucho más sutil: "Estas engordando últimamente, querida, ¿no crees que deberíamos ir a ver a un médico para que te ponga a

(rigorista o, por el contrario, laxista) de los padres y el equilibrio mental del hijo.

Como la modificación del sistema educativo no ha permitido impedir la aparición de las neurosis, ha habido que afinar un poco la tesis en cuestión: se ha dejado de hablar de «comportamiento» para introducir la idea de «clima afectivo». El niño no está sometido únicamente a una suma de autorizaciones o prohibiciones. Está igualmente impresionado por la tónica general de la educación. Se ha querido una vez más clasificar este trasfondo

afectivo que tan pronto se consideraba demasiado cálido como demasiado frío, demasiado expansivo como en exceso lúgubre. Hacer un repertorio de los ambientes «sanos» y los medios «tóxicos». El ejemplo más citado por los «coloristas» del ambiente familiar, el de los padres divorciados. En un matrimonio armonioso, afirman, el edipo se simplifica. La rivalidad entre el hijo y el padre tropieza con un obstáculo importante: los padres se quieren. Como no hay lugar para él en esa unión, acaba por renunciar a su fantasma incestuoso. En un ma-

trimonio infeliz, donde el niño sólo ve el conflicto, o en una pareja divorciada en la que uno de los cónyuges desaparece de la escena, los deseos incestuosos resultan, por el contrario, estimulados, los fantasmas se lanzan al galope.

Pero también en ese caso se ha terminado por comprender que el esquema no tenía nada de automático. A veces salían niños difíciles de cónyuges bien avenidos y, por el contrario, niños perfectamente equilibrados, de hogares con problemas. El clima familiar no parecía influir, pues,



# Entre Vd. y nosotros podemos asegurar el bienestar de los suyos

LAS QUINCE REGIONES, S.A.  
le brinda sus planes de  
Previsión y Seguridad Personal,  
que garantizan la estabilidad económica que Vd.,  
estamos seguros, desea conseguir para los suyos en todo momento.  
Cuando el bienestar de su familia está en juego,  
pensar en un Seguro de Vida de  
LAS QUINCE REGIONES, S.A.  
es una cuestión apremiante.



## Las Quince Regiones, s.a.

COMPANÍA ESPAÑOLA DE SEGUROS

Calle Tuset, 20-24 Teléfono 22790 29 Barcelona 6

**ESPECIALISTAS EN SEGUROS DE VIDA**



## EL JARDIN DE LAS NEUROSIS

régimen?". O: "Estoy orgullosa de que hayas sacado un nueve en tu prueba de matemáticas, pero, ¿no crees que con un pequeño esfuerzo hubieras podido obtener un diez?". Era una muchachita muy encantadora e inteligente. Una alumna excepcionalmente brillante. Sin embargo, un día trató de suicidarse. Sufrió profundamente de la inaccesibilidad de las exigencias perfeccionistas de su madre. La hija se consideraba la única culpable. Temía humillar a la madre con su "fracaso".

Otro ejemplo de «papel» peligroso para la salud mental de un niño es el de aliado al que se disputan los dos padres en un conflicto familiar. Tal es el caso de un joven neurótico que, desde su infancia, se había encontrado siempre entre dos fuegos, entre dos padres... Cada uno de éstos le utilizaba contra el otro. Después ambos se reconciliaban dejándolo al margen. Poco a poco, aquella «víctima» de las luchas conyugales y de las traiciones de los padres fue convirtiéndose en «intrigante». Siempre mezclado en los conflictos de los adultos, el niño aprendió a pedir dinero por los servicios prestados. Llegó incluso a fomentar los desacuerdos familiares: cuanto más agudos eran, mayores beneficios sacaba. Más tarde, el niño amplió su campo de acción. No contento con enfrentar entre sí a los padres, enfrentó a la familia con el servicio social: a la policía con la suegra, al padre con el profesor, a la educadora con el funcionario, etcétera. «Toda situación nueva, toda relación humana —comenta su analista— es por él abordada según el esquema aprendido junto a sus padres».

Así se pasó de la noción de culpabilidad a la de responsabilidad. Primero se incriminó la conducta de los padres, después sus deseos. Sus gestos primero, más tarde sus fantasmas. El inconsciente después del inconsciente. Ahora bien, los padres seguían siendo los únicos centros patógenos.

La antipsiquiatría británica ha desplazado un tanto el capítulo de acusación. La familia continúa siendo responsable, pero en tanto que producto alienado de una sociedad alienante. Para David Cooper, «las familias operan una mediación entre la realidad social y sus hijos». Ronald D. Laing sostiene en su «Política de la familia» que esta última, expresión de la alienación social, «organiza» la alienación mental de sus miembros. Para ellos, el diagnóstico de una neurosis, incluso de una psicosis, sólo puede ser familiar. Para «desentrañar» una esquizofrenia, por ejemplo, los antipsiquiatras llegan a explorar una totali-

dad familiar que cubre varias generaciones.

### El siglo del niño

Una vez comprendida la responsabilidad de la sociedad, asistimos a una especie de vuelta atrás. Para Bergler, por ejemplo, los padres no quedan eliminados de la escena, sino que pasan a un segundo plano. Su papel es limitado: proporcionan al niño un material bruto, nada más. Lo que el niño haga con ese material es asunto suyo, exclusivamente suyo. «Los padres enseñan, dirigen, prohíben, recompensan —escribe Bergler—. El niño escucha, olvida, interpreta, malinterpreta, deforma y exagera. Todo ello obedeciendo a sus necesidades inconscientes». Y añade: «En una situación familiar desfavorable, un niño determinado puede desarrollarse hasta la edad adulta corrigiendo las influencias frustrantes. Otro niño, nacido en una situación familiar ideal, puede transformar los mínimos incidentes en "injusticias" y posteriormente, convertido en adulto neurótico, considerarse siempre perjudicado por los demás».

Un divorcio, la pérdida de un padre, el nacimiento de un hermano, todo trauma familiar puede ser vivido por el niño de modo distinto según la elaboración interna a que lo someta. El niño no ve nunca la realidad tal y como es, sino a través de sus conflictos, sus fantasmas, sus malentendidos, sus particulares interpretaciones.

La neurosis no es en ningún caso una fotocopia del entorno, sino una imagen deformada, a veces invertida de la realidad. Las lentillas, los filtros elegidos por el niño, todo el aparato que pone a su disposición el inconsciente para captar la vida escapa a la influencia de los padres. «Es curioso —comenta sorprendido Bergler— el que en este siglo del niño se siga sin confiar en él por lo que respecta a su elección inconsciente de ciertos detalles en la masa de material bruto que se le presenta». Para Bergler, dicha elección no es sino el resultado de fuerzas interiores inaccesibles a las medidas educativas.

En otras palabras, la neurosis nace del intrincamiento de dos inconscientes, o más bien tres: los de los padres filtrados por el del niño. Lo que no facilita el control. Esto no libera a los padres de toda responsabilidad. Lo que ocurre es que esta última opera en un registro imprevisible. Esto absuelve a los padres, pero no los exonera.

Si nuestros hijos están neurotizados no es por nuestra culpa. Pero sí por causa nuestra. ■ MARIELLA RIGHINI.

MADRID 9 al 18  
de Noviembre de 1973

WORLD S.I.M.O.

CAMBIAMOS DE SITIO  
SIN CAMBIAR DE LUGAR

Feria de Muestras  
Monográfica  
Internacional del  
Equipo de Oficina  
y de la Informática

pabellón de cristal de la feria del campo